

América Latina: aproximaciones multidisciplinares

NORMA DE LOS RÍOS MÉNDEZ
IRENE SÁNCHEZ RAMOS
(Compiladoras)



Primera edición: 2005

© 2005, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F.

Posgrado en Estudios Latinoamericanos

Facultad de Filosofía y Letras

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Instituto de Investigaciones Económicas

Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades

ISBN: 970-32-2435-0

D.R. Derechos reservados conforme a la ley.

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

Hacia el bicentenario: la historiografía reciente sobre la independencia hispanoamericana

ANA CAROLINA IBARRA

HACE MÁS DE VEINTE AÑOS, el historiador francés Pierre Chaunú escribió un artículo muy crítico sobre la historiografía de la independencia (Chaunú, 1972). Señalaba, entre otras cosas, que la historiografía sobre el tema era abundante, pero que tal abundancia no se justificaba porque sus aportaciones eran escasas. En general, subrayó la insuficiencia del tratamiento que se le había dado al tema y el esquematismo de las causas apuntadas para explicar procesos que son en realidad mucho más complejos. Entre los grandes defectos de la historiografía que comentaba el historiador galo, se encontró el aislamiento de las independencias con respecto a otros procesos de la época, y particularmente a los procesos que acontecieron en el mundo hispánico. El excesivo acento puesto en el heroísmo de los líderes de la independencia y el circunscribir los procesos a fronteras nacionales en ese entonces inexistentes, no ayudaba a una mejor comprensión de los grandes problemas planteados a partir de la emancipación y ha dado pie a serios anacronismos.

Aunque el artículo no tuvo una gran difusión en América Latina (por mucho tiempo sólo se podía consultar la edición argentina), creo que vale la pena volver a él para reexaminar su crítica a la luz de la evolución presente de la historiografía sobre el tema. De entonces a la fecha, me parece, la historiografía de la independencia ha ido tomando su distancia respecto a la historia oficial. El retorno a los archivos y el interés por nuevos temas de investigación han marcado la producción historiográfica de los últimos años. Resultado de ello han aparecido nuevas interpretaciones sobre el periodo estudiado, y nuevos enfoques han permitido acercarse a estos temas en toda su complejidad. De estos desafíos y de las respuestas provenientes de la investigación reciente, voy a ocuparme en el presente ensayo.

Si bien en las siguientes páginas no podré ocuparme de las muchas investigaciones que han aparecido sobre un tema que cobró gran popularidad en los últimos años, intentaré, por lo menos, tomar a título de muestra algunos de los ejemplos más significativos de las recientes tendencias en el estudio de los procesos de independencia de Hispanoamérica. Me interesa destacar la ampliación de los temas de estudio y el esfuerzo por erradicar visiones maniqueas e intereses “pedagógicos” que pusieron por encima del conocimiento histórico, la formación de ciudadanos y de revolucionarios. También me interesa recoger algunos ejemplos de lo que ha constituido una vuelta a los archivos, y cómo este retorno se ha complementado con la aproximación a nuevos enfoques y metodologías que a veces provienen de muy distintos campos de estudio. Con el fin de ofrecer un panorama breve pero representativo, he seleccionado aquellos autores cuyas aportaciones han tenido mayor influencia en los trabajos de investigación que actualmente se realizan en distintos lugares de América Latina.

Una revolución de mayor alcance. De los procesos nacionales a los procesos Atlánticos

Mucho ha tardado el historiador en darse cuenta de que el origen de los movimientos de independencia no se encuentra en el Bajío, ni en las intenciones de la Sociedad Patriótica de Bolívar o en la iniciativa de la Junta de Mayo. Ciertamente hay allí actores y lugares que fueron un vehículo fundamental para que estallasen una serie de movimientos autonomistas, independentistas o de otra índole. El grito de Hidalgo no convocó a la independencia, sino a derrocar al “mal gobierno”, pero bajo la bandera del monarca Fernando VII. Hasta muy recientemente, estos procesos nacionales (locales) resultaban prácticamente incomprensibles a no ser que atribuyésemos a las grandes figuras una capacidad sobrehumana para lograr en lapsos de tiempo muy breves sacudirse el yugo que desde tantos siglos pesaba sobre las colonias. De allí que su relación con la revolución francesa o la norteamericana, resultara difícil de comprender desde una óptica más reducida. Por otra parte, la coincidencia que hizo que el movimiento de independencia fuese “un movimiento continental, pero no un movimiento concertado”, como lo señalara John Lynch en su clásico trabajo sobre las independencias (Lynch, 1978), sólo se explica a partir de un marco de referencia más amplio que permita entender por qué razón se crean juntas en abril, en mayo o en septiembre de 1810 a lo largo y ancho de la América española. Como éste, muchos ejemplos exigen mirar más allá de los procesos locales.

Hace ya tiempo, los historiadores marxistas europeos, principalmente, habían situado nuestras independencias en un contexto más amplio: el de las revoluciones burguesas de occidente que eran, por cierto, objeto de estudio de autores como Manfred Kossok (1975) y Eric Hobsbawm (1999). Un poco más tarde, el conocido historiador francés Jacques Godechot (1987) dio con la clave de “revoluciones Atlánticas”, para establecer los insospechados puntos de contacto que hubo en aquella época entre el viejo y el nuevo mundo. Un buen mapa elaborado por Godechot sintetiza las relaciones personales, epistolares, de tutelaje y mutuas influencias entre individuos, grupos políticos e intelectuales de la época. Confirma en su trabajo que hubo circuitos de relaciones mucho más fluidos de lo que podemos imaginar. Es cierto que ninguno de estos autores es propiamente un latinoamericanista, sino que fue más bien su afán por conocer el mundo de finales del siglo XVIII lo que los condujo a reflexionar sobre nuestros procesos en el contexto mundial. Sus obras tendieron las bases para la comprensión de un amplio proceso que arranca de 1789 con la revolución francesa y cubre hasta 1848 en que todavía los estallidos sociales (exitosos o no) significaron una “primavera de los pueblos”, como ha designado a las revoluciones de ese año Eric Hobsbawm.

Salvo por la eventual influencia de Kossok en algunos círculos reducidos de autores marxistas, la historiografía elaborada en América Latina sobre la independencia acusa un gran desconocimiento de estas obras. Por largo tiempo, las causas “exógenas”, como alguien las designó, no merecieron la atención de historiadores dedicados a un estudio muy detenido de los acontecimientos locales. Ésta fue la tónica de la historiografía a lo largo y ancho del continente, salvo honrosas excepciones como podría ser el caso de Tulio Halperin Donghi,¹ entre otros autores.

Así pues, el énfasis en las revoluciones atlánticas, vistas desde la perspectiva hispanoamericana, será un fenómeno mucho más reciente. Entre los historiadores que vale la pena mencionar en este sentido, están Francois Xavier Guerra (1994) y Jaime Rodríguez (1996), cuya influencia es la que mayormente ha logrado orientar interpretaciones localistas hacia una mirada más amplia y abarcadora. Se añade a últimas fechas el trabajo coordinado por Horst Piechman y que justamente lleva el título de “revoluciones atlánticas.” Se trata, en todos los casos citados, de la revisión de los procesos de independencia hispanoamericanos como parte de proce-

¹ Su obra tiene toda el mérito de considerar un espacio al contexto explicativo mundial en el que sitúa las revoluciones de independencia. Un buen ejemplo de ello puede constatararse en Tulio Halperin Donghi (1988).

sos más amplios, que incluyen por supuesto la propia revolución española. Ciertamente, John Lynch había explicado el origen de los movimientos de 1810 a partir de la matriz hispánica y marcó el año de 1808 como punto de partida de ese periodo. Sin embargo, desarrolló su estudio país por país, a partir de realidades estatales que no tenían vigencia durante el proceso de independencia, puesto que se configuraron mucho después.

La obra de Francois Xavier Guerra, por muchas razones innovadora y de gran impacto en la comunidad de historiadores, consiguió explicar los vínculos que existieron entre el plano Atlántico y el hispanoamericano, y los acontecimientos españoles y los que tienen lugar en la América española entre 1808 y 1810. Un trabajo decisivo integrado por varios ensayos monográficos, *Revolución e independencias*, consigue en su conjunto iluminar estos asuntos.

Guerra parte de una revaloración de las aportaciones culturales, las "mutaciones", que tuvieron lugar a raíz de la revolución francesa y de cómo éstas portaron grandes líneas de transformación en un mundo en el que una serie de valores y prácticas distintas anuncian un orden nuevo de cosas. Es la modernidad, en el sentido habermasiano, que expresada en términos del mundo colonial, no puede traducirse más que en términos de contraste con un profundo tradicionalismo que el autor no subestima. Es en el contexto del surgimiento de la modernidad que Guerra entiende la aparición de las independencias hispanoamericanas, resultado de un proceso global y de un proceso ibérico. Así, la relación revolución francesa-independencias hispanoamericanas no es más una relación lineal de causa-efecto, de ideas que se transmiten, sino que constituye una relación estructural, de pertenencia a un contexto y un tiempo histórico común. Únicamente sobre esta base es posible analizar y comparar los procesos franceses, ibéricos e hispanoamericanos.

El trabajo de Guerra marca un enorme giro respecto a trabajos anteriores en tanto logra hacer vigente el contraste modernidad y tradición, matizar las influencias de la revolución francesa (ya que encuentra en ésta más bien un contra ejemplo y no un ejemplo), y perder el miedo al estudio de las elites ilustradas, portadoras de las iniciativas de transformación. Una revaloración de los procesos juntistas de 1808 y 1809 en diversos puntos del mundo hispánico, del complejo sistema de la monarquía, de la condición de reinos de las provincias de ultramar, permiten hacer inteligibles los diversos procesos que se desencadenan a lo largo y ancho del imperio español. De allí en adelante, la historiografía sobre la independencia no ha podido escapar a la influencia de Guerra que, con todo y las críticas que se han hecho a su obra, abrió vetas extraordinariamente ricas para la investigación al po-

ner de relieve temas como la opinión pública, el espacio público, la representación política, los imaginarios colectivos, entre otros.²

Otro autor que ha realizado una importante labor en torno a la revisión de los procesos hispanoamericanos de independencia en función de un contexto más amplio, es Jaime Rodríguez. De origen ecuatoriano pero radicado en los Estados Unidos desde hace varios años, Rodríguez se propuso una empresa ambiciosa: escribir la historia del proceso global hispanoamericano en el contexto de las revoluciones atlánticas. Resultado de ello es su libro *La Independencia de la América española*, que por más de una razón puede considerarse innovador. Aunque Rodríguez es autor de múltiples artículos y obras colectivas, me parece que es en este trabajo en donde consigue articular una interpretación de conjunto con la amplitud y sustento que ésta requiere. Por el momento, voy a referirme exclusivamente a su interés por situar a los procesos hispanoamericanos en procesos más amplios, europeos e hispánicos.

Jaime Rodríguez ubica su obra como una nueva historia política, entendiendo ésta en su sentido más amplio: prácticas, ideas, cultura política, etcétera. Adicionalmente, el análisis parte de su interés por la revolución en el mundo hispánico que se vive hacia fines del siglo XVIII. Esta revolución hispánica hace sus principales aportaciones en las esferas de la cultura, la política y la vida pública. Sus alcances, como lo explica el autor, no se quedan en los cambios de mentalidad, actitud y modo de vida de las elites cultas urbanas, sino que afectan aun a sectores más amplios de la población, se trata de una nueva actitud que ha sido tradicionalmente subestimada. Por lo mismo, la revolución de fines de siglo se vincula con facilidad a las transformaciones que habrán de sobrevenir con la crisis de la monarquía, el proceso de las juntas, las cortes y la constitución de Cádiz. La publicación de la obra por el Fondo de Cultura Económica permitió que un público más amplio pudiese conocer un esfuerzo que ha puesto de relieve asuntos tales como los procesos que tuvieron lugar en la península y la participación de los hispanoamericanos en esos foros.

Todos estos asuntos, habían sido comúnmente ignorados en los estudios sobre la independencia. Es cierto que no es sólo Rodríguez, pero sí es el autor que mejor logra desarrollarlos como parte de un contexto espacial y temporal bien articulado. Respecto a los procesos que tuvieron lugar en la metrópoli con la participación hispanoamericana, debemos también un mejor conocimiento a los trabajos

² Al respecto, puede consultarse el conjunto de su obra. *Revolución e independencias*, antes citada; Francois Xavier Guerra y Annik Lemperière, *Los espacios públicos en Iberoamérica*, México, FCE, 1998; Francois Xavier Guerra y Antonio Aninno, *Inventando la Nación*, México, FCE, 2003, entre otros.

de Manuel Chust y Marie Cecille Rieu Millan, que desde luego han sido seguidos por un nutrido grupo de historiadores más jóvenes.

Caracterizar la independencia. Guerra, revolución, independencia y autonomismo

Probablemente uno de los enfoques que mayormente han subvertido el tratamiento tradicional de los movimientos de independencia ha sido la revisión de los motivos originales de los movimientos que finalmente derivaron en la separación de las colonias con respecto a su metrópoli española. Cada vez son más los autores que descubren, no sin demasiada suspicacia, que aún en aquellos lugares en donde hubo una intensa participación popular, la gente no estaba peleando por la independencia. Autores que han investigado los movimientos populares, como Peter Guardino, por ejemplo, se han referido al sentimiento *antigachupín* que consiguió movilizar masivamente a la gente en el sur de México (2000). Sin embargo, como bien lo recalca él mismo, esta gente no estaba luchando por una independencia que sólo llegaría casi diez años más tarde bajo la bandera de Iguala en las mismas regiones: la gente estaba imaginando, como la documentación lo confirma, que Morelos habría de proteger a Fernando VII, incluso a trasladarlo "tierra adentro" para ponerlo a salvo de la invasión francesa de la península.

Por mucho tiempo se discutió el carácter revolucionario de las independencias hispanoamericanas. Algunos historiadores pusieron de relieve la peculiaridad del movimiento insurreccional mexicano, en contraste con el proceso juntista que prevaleció en casi todo el resto de la América hispánica. En rigor, la pregunta planteada obligó a un análisis de lo que serían los procesos y resultados que trajo la guerra. El que tales procesos no desembocaran en el triunfo de un nuevo orden encabezado por la burguesía hacía incompatible la aplicación del término revolución, en su sentido más estricto, para las luchas de aquellos años. La revisión de las transformaciones económicas y el reacomodo social de la postindependencia, que se aprecia poco consistente, "el mismo fraile en diversa mula", dijeron algunos, no sugiere que la crisis haya sido portadora de las grandes transformaciones que la época exigía. Sin embargo, algunos autores no subestimaron los procesos políticos de la época y se animaron a hablar de "revolución y guerra", "revoluciones de independencia", poniendo el acento en la variedad de casos que se presentan en los procesos hispanoamericanos.

Una importante corriente interpretativa sobre este asunto ha sido encabezada por Jaime Rodríguez y Virginia Guedea, entre otros autores (Rodríguez, 1996; Guedea, 2001). Particularmente interesados en lo que ocurría entre las elites y los grupos

de poder e influencia política, las investigaciones de estos autores han aportado estudios decisivos que permiten comprender cómo reaccionaron y de qué forma participaron otros sectores de la población que no fueron insurgentes. Esto es particularmente interesante para el caso de México, en donde la historiografía suele mirar exclusivamente dos bandos, insurgentes y realistas, cruentamente enfrentados entre sí a lo largo de más de diez años. Los estudios de Guedea sobre los Guadalupe de México, que habían sido anteceditos por un trabajo de Don Ernesto de la Torre, abren una nueva veta sobre el tipo de participación que se dio entre los sectores altos y medios de las ciudades, los letrados, los profesionistas y el clero, quienes no fueron ajenos a los acontecimientos. ¿Cuáles fueron sus aspiraciones y cómo evolucionaron éstas?

En una perspectiva hispanoamericana, Rodríguez se plantea las mismas preguntas, y entre ambos consiguen abrir un horizonte muy atractivo para interpretar los procesos políticos en los que se involucraron los grupos de poder en el subcontinente. El resultado de sus estudios es el hallazgo de tendencias autonomistas que tuvieron una extraordinaria influencia en aquellos procesos. Es decir, gran parte de la elite buscó en la crisis política abierta por la caída de la monarquía, ampliar la esfera del manejo autónomo de sus asuntos, sin que fuese determinante una ruptura definitiva. Sólo el desarrollo ulterior de los acontecimientos internos y los de la metrópoli plantearán la posibilidad de la independencia. Pero esto ya en la coyuntura de los años 1820.

El planteamiento del autonomismo, término un tanto anacrónico aplicado para el caso pero al fin y al cabo vigente, ha venido a modificar drásticamente la visión que se tenía de los procesos de independencia. Su aplicación irrestricta ha llevado a algunos excesos que por lo menos para el caso mexicano condujeron a subestimar las causas y participación insurgente en las cuales tanto se había empeñado la historiografía tradicional. No cabe duda, sin embargo, que el hallazgo ha abierto posibilidades de explicación para temas fundamentales de la independencia. De nuevo aquí, será necesario sacar provecho de la riqueza de casos a lo largo y ancho de Hispanoamérica para aplicarlo en su justa dimensión.

Si la balanza se ha movido a favor de los movimientos menos revolucionarios, también es cierto que la búsqueda de una mejor comprensión de los procesos que conllevaron a la formación de las naciones ha alentado muchas de las investigaciones recientes. En ese sentido, la cobertura de lapsos de tiempo más amplios ha sido muy útil para explicar los difíciles años de la pre y post independencia. En consonancia con esto, la reconsideración sobre los temas relacionados con la nación ha hecho grandes aportaciones.

Son muchos los autores que se han decidido a cuestionar la aplicación de criterios anacrónicos a los procesos que tuvieron lugar en los años del periodo 1808-1825. De estos muchos autores voy a mencionar sólo a uno. Se trata de José Carlos Chiaramonte que, como ha tenido como objeto de estudio los procesos rioplatenses, su interpretación se explica en relación directa con la naturaleza tardía del proceso de definición de la nación argentina. Chiaramonte se ha ocupado (1993), por décadas, de desentrañar la complejidad de las luchas de aquellos años.³ En múltiples obras, ha hecho la crítica a las versiones teleológicas de la independencia. Generalmente, la historiografía tradicional ha partido del supuesto de que las naciones habían preexistido a todos los tiempos. Atendiendo a los aportes provenientes de otras disciplinas, tales como la lingüística, su obra ha obligado a revisar el uso y aplicación de los términos de la época, procurando evitar dotarlos de un contenido que no corresponda a la historicidad de los términos. Él revisa, particularmente, el empleo de los términos federal y federalista, tan común en el Río de la Plata en los tiempos de la Liga Federal y del federalismo rosista. Pero la lección es útil para todos los casos en que nos vemos obligados a historizar los términos empleados en aquellos años. Resultado de su propuesta, los documentos y testimonios de entonces cobran un nuevo sentido y nos permiten, sin duda alguna, hacer inteligibles muchos de sus planteamientos.

A raíz de estas investigaciones, cada vez más los procesos de independencia son analizados como elementos indispensables para comprender la organización de las naciones, y de su mejor comprensión deriva la elucidación de cuestiones esenciales para la comprensión del presente. Ciertamente es que esta mirada nueva sobre los acontecimientos y liderazgos políticos ha significado un duro golpe a las interpretaciones que quisieron ver desde el origen una vocación emancipadora. A pesar de esto, la nueva propuesta ha conducido a abrir una nueva periodización y una nueva geografía para los estudios de las independencias. Esta nueva geografía ya no descarta el estudio de aquellos lugares que no hubieran sido escenario de luchas revolucionarias. De pronto cobra interés para los investigadores la revisión de procesos menos heroicos pero determinantes para comprender cómo se vivió la transición a una época completamente nueva. Por su parte, el estudio de los autonomismos ha hecho posible entender la variada relación entre los espacios locales, regionales y aquellos que empezaron a albergar expectativas de mayor alcance.

³ José Carlos Chiaramonte (1993) tiene una obra particularmente rica en este sentido. Desde luego, el resto de la producción del autor nos remite también a una revisión de esta naturaleza.

*De lo económico social a la cultura y los "nuevos giros".
De lo nacional a los horizontes más amplios*

Los temas relacionados con la independencia hispanoamericana han recuperado vitalidad en los últimos años. Las celebraciones, como el bicentenario de la revolución francesa o el próximo de los procesos independentistas, han logrado al fin motivar los debates entre los historiadores y científicos sociales, de modo tal que muchas veces alientan perspectivas distintas. Así sucedió con el de la revolución francesa y no tendría por qué no suceder con los de nuestra independencia. Por otra parte, las necesidades de un presente complejo y acuciante en el que se pone en entredicho la formación misma de las naciones, sugiere la necesidad de reflexionar de otro modo sobre épocas fundacionales. A la luz del presente parece ya no bastar con pensar en que al término de la independencia las cosas volvieron a ser como antes: "el mismo fraile en diversa mula", conclusión a la que llega Lynch (1978). La riqueza de los recientes estudios permite apreciar que tal afirmación resulta insuficiente para explicar las transformaciones de la época. Conforme el paradigma marxista no logró explicar la realidad de los países independientes (en la medida en que la burguesía y el capitalismo no fueron el resultado de la revolución), los especialistas se han visto obligados a realizar estudios tal vez menos ambiciosos (menos teóricos), pero con aportaciones concretas y sistemáticas.

La llamada historia regional, tuvo el mérito de recuperar casos concretos que sirvieron para cuestionar interpretaciones que desconocieron la peculiaridad local y regional.⁴ Y, aunque a últimas fechas los defensores de la historia regional como método han ido disminuyendo, entre sus aportes se halla un llamado de atención a las generalizaciones excesivas. Una nueva y más abundante documentación ha sido recuperada por este tipo de estudios, y los historiadores nos movemos con un caudal de información que antes no teníamos a nuestro alcance y que obliga, por lo tanto, a "hilar más fino" en cada análisis.

La naturaleza de la información y las influencias provenientes de otros países y de otras disciplinas han influido para que la historiografía reciente se muestre dispuesta a salir del esquema económico social, y tomar en cuenta aspectos culturales, de mentalidades, lingüísticos y religiosos. La profesionalización de los estudios históricos ha favorecido el intercambio de académicos de distintos países, la visita

⁴ Mucho es lo que se puede citar al respecto. Véanse, por ejemplo, los trabajos de Noemí Goldman y Ricardo Salvatore para la Argentina, los de José Antonio Serrano y Juan Escamilla para México, los de Cardozo y Galúe para Venezuela, los de Lucía Sala y Ana Frega para el Río de la Plata y la Banda Oriental, entre otros.

a repositorios nacionales y extranjeros, sin embargo, su mayor virtud reside en hacer del oficio de historiador un verdadero oficio, comprometido, únicamente, con hacer avanzar el conocimiento histórico.

Todo esto ha favorecido un mejor estudio del pasado hispanoamericano y latinoamericano. Ya no se trata de un interés afectivo o político, sino en realidad de la posibilidad de echar mano de esta visión de conjunto para una mejor comprensión de nuestra historia, de la riqueza que puede extraerse de los estudios comparativos y de un conocimiento que rebase los aspectos puramente locales o nacionales. Por todo ello, podemos concluir que, en las últimas décadas, los historiadores, tan aficionados a los procesos nacionales, han recuperado esta perspectiva hispanoamericana y latinoamericana para bien de los propios temas con los que se hallan comprometidos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Chaunú, Pierre (1972), "Interpretación de la independencia", en *La Independencia de América Latina*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Chiaromonte, José Carlos (1993), "El federalismo argentino en la primera mitad del siglo XIX", en *Federalismos Latinoamericanos. México, Brasil, Argentina*, México, FCE/El Colegio de México.
- Godechot, Jacques (1987), *Las revoluciones atlánticas*, Barcelona, Clío.
- Guardino, Peter (2000), *Campesinos y política*, México, Centro de Estudios Eduardo Neri/Congreso del Estado.
- Guedea, Virginia (2001), *La Independencia de México y el proceso autonomista novohispano*, México, UNAM/Instituto Mora.
- Guerra, Francois Xavier (1994), *Revolución de independencias*, México, FCE.
- y Annik Lemperière (1998), *Los espacios públicos en Iberoamérica*, México, FCE.
- y Antonio Aninno (2003) *Inventando la Nación*, México, FCE, 2003.
- Halperin Donghi, Tulio (1976), *Revolución y guerra. La formación de una elite dirigente en la región del Plata*, México, Siglo XXI Editores.
- (1988), *Crisis y disolución de los imperios ibéricos*, Madrid, Alianza Editorial.
- Hobsbawn, Eric (1999), *La era de las revoluciones*, Barcelona.
- Kossok, Manfred, (1975), *Las revoluciones burguesas*, Barcelona, Crítica.
- Lynch, John (1978), *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*, Barcelona, Editorial Ariel.
- Rodríguez O, Jaime (1996), *La independencia de la América española*, México, FCE/El Colegio de México.